

sustentado en su juventud aquel heroico sitio, en cuyos incidentes se renovaba el antiguo heroismo; despues de su retirada á Venecia, que el mundo entero confunde en su admiracion con la referida por Xenophonte; despues de haber dos veces arriesgado su prestigio de invencible por adelantar la hora señalada á la emancipacion de Roma; viéndola ya con su tribuna y su prensa libres, con su pueblo emancipado, necesitaba para renovarla por completo limpiar el suelo de las lagunas que lo manchan, y el aire de los miasmas que lo infestan, á fin de que sea Roma en aquellos campos, sublimes por su austera majestad, la diosa de la naturaleza, como ha sido por tantos siglos la diosa de la conciencia. En efecto, ¡cuántas veces, en mis largas escursiones por los alrededores de Roma, por aquella campiña semejante á un cementerio de pueblos y naciones, y razas y dioses, entre los juncos y los helechos, y la cicuta, y la cizaña, y las plantas alimentadas por las aguas muertas y mortales, he visto pasar desde algun sepulcro roto asentado sobre alguna columna tronchada, en carreta de que tiraban los búfalos, familias enteras, pálidas y febriles, conjunto de

espectros envenenados por las emanaciones de las lagunas; y al terrible escalofrío que daban sus labios descoloridos y sus ojos apagados, parecíanme las luciolas ó luciérnagas aladas, brillando entre las primeras sombras del crepúsculo, almas iluminadas por fuegos fátuos, y el toque de la oracion despedido de las mil iglesias cercanas, toque de muertos, y el campo entero, como un Apocalipsis en piedra, sobre cuyos fragmentos, restos sublimes de algun planeta roto, la humanidad hubiera espirado, despues de haber recogido en los labios de un Dios vengador, su último inapelable juicio!

Aquel campo de Roma es un campo de muerte. La fiebre llena sus aires de continuo apestados. Y podria ser, y ha sido, uno de los campos más fecundos, más sanos, más hermosos de la tierra; cerrado al Norte y al Este por elevadas cordilleras, que le envian cristalinos y ricos manantiales; al Mediodia, por la mar que renueva el aire y mitiga el calor con sus fuertes brisas; al Occidente, por un rio, cuyas aguas, bien dirigidas y aprovechadas, debian producir todos los tesoros de la vida y no el hálito ponzoñoso de la muerte. Cuando la mano firme y libre de

un Cincinato lo cultivaba, cuando la division de la propiedad lo sostenia, cuando canales y acequias bien ordenadas lo regaban, rebosaba é infundia salud; pero despues de la inmensa extension tomada por la propiedad de los patricios, despues de la expulsion de los humildes, despues de la reduccion á tierras de pasto de las tierras de labor, despues de la cesacion del trabajo, la muerte se extendió por la campiña antes vivida: que hasta en la ciega naturaleza se cumple y se realiza la eterna justicia.

Garibaldi quiere volver el campo romano al tiempo en que producía, con los frutos más sabrosos de Italia, los ciudadanos más aptos á la República. Y para producir estos bienes, quiere desinfectarlo, á fin de erigir sobre una tierra sin miasmas un pueblo sin supersticiones. Nunca olvidaré el día de mi última visita al ilustre general en su retiro de Roma. Salimos por la puerta misma donde se abrió la brecha que diera entrada á la revolucion y á Italia. Por un lado y otro del camino se descubrian las ruinas de los antiguos campos pretorianos, albergue á los soldados que dominaron al mundo y sostuvieron al César. La quinta está á

cierta distancia, y el paisaje presenta la severa solemnidad de todos los paisajes romanos. Varios antiguos compañeros de armas guardan al general con celo extraordinario y miran á todos los recién venidos con extraordinaria desconfianza. Por aquellos días habia ido á verle un escritor como Alfonso Karr, y habia encontrado la puerta cerrada, por cuya razon publicó agria carta diciendo que jamás viera tan guardado á ningun tirano. En verdad, nosotros no podemos decir lo mismo, porque todas las puertas se abrieron á nuestro paso, y todos los habitantes de la casa se esmeraron en acompañarnos y dirigirnos. Garibaldi está muy atenuado del reuma que ha adquirido en sus largas navegaciones. Tiene las manos como retorcidas por el dolor y apenas puede sostenerse de pié. No obstante esto, su cabeza de león guarda la fiera majestad antigua, sus rizos caen sedosos y áureos sobre los hombros anchísimos; la frente no ofrece ninguna arruga; la mirada de sus ojos azules destella aquella lumbre mística que penetra y conmueve; su figura de héroe, enérgica y robusta, se dulcifica por el esplendor religioso de su fisonomía, y por la inocente son-

risa de sus labios, que parecen perfumados con el candor de la infancia. Mirad ese guerrero del Nuevo Mundo, ese navegante del Mediterráneo y del Plata, ese heroe de las ruinas de Roma, ese auxiliar de Venecia espirante, ese tribuno de los pueblos opresos, ese dictador que ha alcanzado con sus manos la corona del más bello de los reinos y se la ha cedido á un rey, ese guerrillero legendario, ese racionalista que va á misa cuando el Papa va á la libertad, ese revolucionario que habla de Dios en el lenguaje de los santos mientras persigue á los sacerdotes con las befas de los clubs, y decidme si puede haber en el mundo una representacion más propia del pueblo italiano con sus contrastes clásicos y católicos, con su heroismo antiguo y su espíritu moderno, con sus dioses latinos todavía vivos y su Pontífice romano; alma semejante á las almas de Francisco de Asís y de Jerónimo Savonarola, con algo de Brescia, de Rienzi y de Masaniello; lleno de contradicciones, en las cuales toma la universalidad de su genio y la grandeza de su carácter; luminoso como la gloria, arrebatado como la inspiracion, teórico y práctico á la manera de los antiguos griegos, imá-

gen verdadera de su gente y de su patria.

Antes de sentarme, dijo que constara cómo habia ofrecido en todos los trances amargos su presencia y su espada á la libertad española, y cómo habia dejado de ir á nuestras tierras, no á los golpes de su corazon, pronto siempre á la defensa de la democracia en todos los pueblos, sino á los consejos de nuestra prudencia. Despues nos mostró el mapa de las mejoras de Roma, que tenia delante de su vista y bajo sus manos. Encendiéronse sus mejillas, animáronse sus ojos, vibraron sus labios con una grande elocuencia al decirnos en lengua española, hablada con una gracia sin igual y con una armonía indecible, que consagraba el resto de su vida á devolver la salud, ya que habia devuelto la libertad á Roma. Imaginaos cómo habrá sido contrariado por los expedientes y las tardanzas del Parlamento en resolver los preliminares necesarios á su vasto proyecto, ese hombre de fantasia exaltada y de sentido práctico; dotado de una vehemencia avasalladora, y creido de que debe mover á los gobiernos como á los pueblos, con ecos de su voz tonante y rayos de su inspiradísima mirada. Así es que ha publicado algunos artículos en

La Capitale, verdaderamente exaltados, contra el Parlamento y contra el Gobierno.

Mientras Garibaldi proyecta la rectificación del río Tiber, y Víctor Manuel festeja al Cuerpo diplomático, el Papa oye los mensajes de todo el mundo católico. Un escritor dado á las visiones y á las leyendas, podría decir que se realizaba la Egloga cuarta de Virgilio, que los seres más enemigos en las batallas de la naturaleza, se unian y se reconciliaban en los senos de la Ciudad Eterna. Si hace veinte años se hubiera dicho que el Papa infalible, el Rey ex-comulgado, el guerrillero revolucionario debían habitar en paz la misma población, nadie lo creyera. Las objeciones surgían en la idea más fácilmente que en la realidad. Los prelados de todo el orbe yendo á Roma en toda libertad; los peregrinos entrando á adorar al Pontífice y maldecir al Rey; el Cónclave junto al Congreso; la encíclica papal junto al discurso tribunicio; la voz del jefe de la Iglesia amenazando á la autoridad del jefe del Estado; todas estas dificultades, todas estas contradicciones, todas estas luchas, coexistiendo, sin producir ni grandes conflictos morales, ni grandes conflictos materiales,

parecen como fantástico sueño, y sin embargo, el sueño se ha realizado, gracias á la maravillosa flexibilidad de Italia, adquirida y afirmada si quereis en cierto antiguo escepticismo. Los jubileos aterraban á muchas gentes, por su infinidad de peregrinos, aptos para alimentar y desarrollar infinidad de pasiones. En la Edad media, estas muchedumbres católicas reunidas en torno de Roma, engendraban la peste como todavía la engendran hoy las muchedumbres musulmanas reunidas en torno de la Meca. Las visiones más siniestras y los apocalipsis más amenazadores surgían de estas penitencias al aire libre y de estos días espantosos en que las supersticiones imaginaban ver las llamas del infierno atravesando la superficie del mundo y los ángeles de la muerte persiguiendo á los vivos y despertando á los muertos. Ahora todo esto no podía ser temible; pero lo era y en alto grado, un desarrollo de la reacción cosmopolita, con motivo del número de peregrinos reunidos en torno del Vaticano. Las gentes más tímidas suelen dar los consejos más crueles; y en Roma abundaban medrosos aconsejando al Gobierno la prohibición del jubileo. No lo ha pro-

hibido, y ha hecho bien. El año santo se ha celebrado como en los antiguos tiempos; los peregrinos han ido en procesion á ganar sus indulgencias; las puertas de las iglesias se han abierto á sus sacras legiones, y las calles han dejado pasar tranquila toda esta incesante manifestacion religiosa; el Papa ha hablado cuanto le ha pedido el gusto, y como ha dicho un escritor ingenioso, quien ha ganado el jubileo santo ha sido el Gobierno italiano.

Seria dificil recoger todas las manifestaciones de adhesion entusiasta que el mundo católico envia al Pontífice romano. Hay muchas gentes todavía que lo creen tendido sobre la paja de húmedo calabozo, y no alojado en los salones del palacio más rico en obras de arte que tiene la tierra. Esta conmiseracion infundada se exhala en dones de una riqueza incalculable. Por nombrar tan sólo ahora los donativos más conocidos y más recientes, diremos que la ciudad de Agen le envia un ciruelo de plata, con ciruelas esmaltadas, cuyos huesos son luises de oro; que el duque de Módena le deja en testamento una parte considerable de su increíble herencia; que el senador belga Ha-

male le lleva una ofrenda de 14.000 duros, y que el marqués de Ripon, cuya conversion ha impresionado tanto á Inglaterra, le entrega nada ménos que 100.000 duros constantes y sonantes. El Papa recibe á todos estos amigos con la solicitud propia de su carácter, y les invita á una de las ceremonias más tiernas de su palacio, á una Misa dicha en su capilla particular, á las siete de la mañana, y á la luz de los cirios que lucha con los albores del dia. Es imposible pintar la uncion religiosa y la ingenuidad mística con que dice la Misa. Yo comprendo cómo impresionará á los creyentes, por el inextinguible recuerdo que en mí dejara una Misa mayor cantada en San Pedro, y una bendicion dada desde la tribuna del maravilloso templo con aire tan solemne y voz tan entera, que parecia como la idea y la palabra de aquellos antiguos y colosales monumentos donde arde todavía el fuego de la fé.

Y de vez en cuando Pio IX se exalta y habla con una elocuencia que ya toca en los últimos límites de la familiaridad, ya en la grandeza de las bíblicas profecias. Celebrábase una recepcion de otoño, y el Papa com-

paró los italianos que se han quedado con Roma, á los pilluelos que roban las uvas en tiempo de vendimia. Ahora, en recepcion de primero de año, ha comparado á Víctor Manuel, tan bonachon y franco, y sencillo y anti-artístico, nada ménos que con el emperador artista por excelencia, con aquel Neron, cuyos caprichos derribaban los muros para pasar sus carros olímpicos, y prendian fuego á Roma para presenciar, tañendo la citara desde las alturas, una verdadera tragedia. Yo no alcanzo qué relacion haya entre el rey constitucional de Italia y el augusto emperador de Roma. Víctor Manuel lleva una vida de cazador y campesino, mientras Neron llevaba una vida de histrion. Víctor Manuel huye los espectáculos, y Neron se daba en espectáculo. Bajo el sombrero, la zamarra, las polainas, la cartuchera del jefe de la casa de Saboya, nadie más que el Papa descubriría al peinado artístico que llora como Orestes perseguido de las furias en la bahía de Bayas, que convoca á Tiridates, rey del Ponto, á oírle cantar y declamar en el teatro. Francamente, el Papa debiera haber buscado otro tipo más propio para representar el papel de Ante-

Cristo, si tanta necesidad tenia de esta figura apocalíptica para abrir las puertas del año con algunos rasgos de singular elocuencia.

Extraño carácter el de Pio IX. Desde los sueños liberales de sus primeros años, ha caido en todas las exageraciones de la teología jesuítica. Antes quiso dar el Evangelio en leyes á las sociedades humanas, y ahora quiere hechizarlas con bebedizos de un misticismo asiático. Excesivamente nervioso, sus nervios se agitan á todas las ideas y á todos los sentimientos, como al menor soplo se agitaban las antiguas arpas eólicas. La innovacion le enamora. No pudiendo ser innovador en política, lo ha sido en religion. De su pontificado sale el Catolicismo con dos dogmas nuevos: con el dogma de la Concepcion y el dogma de la Infalibilidad. Así los más encarnizados enemigos de su persona y de sus innovaciones se llaman católicos viejos, en demostracion de que guardan con mayor fidelidad que el Papa mismo las ideas antiguas de la Iglesia. Los sistemas científicos al uso, padecen de materialismo, de utilitarismo; sus principios, cerrados á la luz de lo ideal, no ven más allá

del mundo físico ningún principio, ningún ser en el desierto desolado de sus creencias, sujetas solamente á lo experimental y á lo tangible, creyéndonos nacidos de los ayuntamientos de las bestias y destinados á la nada eterna, despues de fatal combate por una vida sin razon y sin objeto. Se necesitaria que los llamados á despertar la inteligencia al conocimiento de lo divino y el corazon á la esperanza de la inmortalidad, tuvieran otra doctrina más elevada, más idealista, más digna del hombre y más demostrativa de Dios, que esas apoteosis de las criaturas humanas, imitadas de los últimos tiempos del antiguo paganismo y de las últimas agonías del antiguo imperio. Un teólogo sapientísimo que en la misma Roma escuchaba estas lamentaciones mias, por la decadencia del sentido espiritualista hasta en el seno de la Iglesia, me contestó lo siguiente, que copio á la letra: «Váyase usted con esas á los escolásticos romanos, que, al tratarse de la autenticidad de los Evangelios, dicen que sólo hay cuatro auténticos y ortodoxos, porque son cuatro los vientos principales y cuatro las patas de los cuadrúpedos.»

CAPITULO XV.

UNA OJEADA POR EUROPA.

El antiguo regalismo se ha despertado de una manera bien viva y bien extraña en el seno de Alemania. Una escuela teológica lo anima y esta escuela teológica pretende que entre en el dogma, en sus sacros principios con aquel ardor con que antes entraba en la disciplina y en los cañones. Para combatir esta escuela y contrariar todas sus síntesis ha consumido Pio IX cuantos recursos le ha dado su altísima autoridad. Y por fin, de conquista en conquista, de invasion en invasion ha llegado á su propia infalibilidad. Mas en el momento de llegar á esta plenitud de su ambicion, el trono temporal se ha caido bajo sus piés, y gobiernos enemigos rodean su tantas veces llorado cautiverio. Italia, la Italia mal-